

presentante de Francia el duque de Broglie, que llegó el 13 de marzo de 1871, á tiempo solamente de firmar el nuevo tratado, respecto del cual la conferencia se había puesto rápidamente de acuerdo con la cooperacion de los representantes de Rusia y de Turquía.

Los tres artículos primeros de los nueve que constituían el tratado de Londres y que contenían el asunto principal, estaban concebidos en estos términos:

«Art. 1.º Los artículos 11, 13 y 14 del tratado de París del 30 de marzo de 1856, así como el convenio hecho entre la Sublime Puerta y la Rusia y agregado al artículo 14, quedan anulados y reemplazados por el siguiente artículo.

«Art. 2.º El principio de la clausura de los Dardanelos y del Bósforo, tal como fué fijado por el tratado especial del 30 de marzo de 1856, se conserva, así como la libertad de S. M. imperial el Sultan de abrir los citados estrechos en tiempo de paz á las escuadras de las potencias amigas y aliadas, siempre que lo exijan la ejecucion de las disposiciones del tratado de París del 30 de marzo de 1856.

«Art. 3.º El mar Negro continuará como hasta ahora abierto á las marinas mercantes de todas las naciones (1).»

Véase, pues, cómo los primeros alientos del imperio alemán fueron destinados á una obra de reconciliación y de paz benéfica para la Europa, antes de que el imperio mismo consiguiera la paz con la Francia. Cada potencia que se agregó á esta obra contribuyó por su parte á asegurar la tranquilidad general, ganando por su propia existencia un tesoro de confianza en la paz. El Austria-Hungría sacó de las negociaciones el mayor beneficio y el más inmediato, porque solo desde entonces quedó libre de las tentaciones que habían atraído á su diplomacia durante muchos años al pantano de las conspiraciones y aventuras. El conde de Beust, que realizó este cambio una vez que se había mostrado ineludible y que tuvo el firme propósito de principiar una vida completamente nueva, sintió al continuar en el nuevo camino emprendido lo que rara vez es dado sentir á un diplomático y lo que á Beust jamás había pasado en toda su vida oficial, á saber: la satisfacción del hombre que en el ejercicio de su cargo no tiene ya que temer contradicción entre sus obras y sus intenciones y deseos. Cuando en 1.º de julio de 1871, no sin cierto presentimiento de que sería la última vez, tomó la palabra en la delegación austriaca, lo hizo no para contestar á ataques, porque nadie pensaba en dirigirlos, sino por su propio impulso para exponer la nueva situación del Austria-Hungría, señalando como las columnas de esta situación la amistad del Austria con Alemania é Italia, «dos potencias que en unión con el Austria formaban en el centro de Europa un baluarte de la paz.»

Entretanto el emperador Francisco José no había omitido nada para consagrar la nueva situación política entre los dos imperios por medio de muestras sinceras de amistad á la persona del emperador Guillermo. En 22 de marzo del año 1871 el ayudante del cuarto del emperador, conde de Bellegarde, presentó en misión extraordinaria las felicitaciones de su soberano con motivo del cumpleaños del emperador Guillermo; en 16 de junio se hizo representar Francisco José en la solemne entrada de Guillermo en Berlín por el baron de Gablenz, general de caballería, y en 11 de agosto recibió en Ischl la visita personal del emperador Guillermo, que por primera vez desde 1865 volvió á Gastein para tomar aquellas aguas. Allí, en Gastein, se reunieron también en 16 de agosto, según habían concertado de antemano, el príncipe de Bismarck y el conde de Beust. Este último había dicho en su carta: «Nos vimos la última vez en 1865. Desde en-

(1) Hahn: *El príncipe de Bismarck*, tomo II, págs. 191 y 192.

tonces V. E. ha prosperado más que yo, pero también puede alabarse de haberme proporcionado á mí un adelanto y una situación sólida (se entiende, en la política austro-húngara).» El príncipe de Bismarck dijo en su carta: «He considerado siempre á V. E. como mi adversario más amable.» En las conversaciones políticas que ambos hombres de Estado tuvieron, resultó el mayor acuerdo entre los dos en todas las cuestiones relativas á la situación futura de los dos imperios (2). Ninguno de los dos diplomáticos deseaba una alianza formal, prefiriendo para los dos imperios una amistad duradera basada en la buena voluntad, la confianza y el convencimiento mutuo de que los intereses políticos de ambos imperios ya no se contradecían y de que cada uno sabía que había de auxiliar á la otra parte aun cuando no estuviesen comprometidos sus intereses propios, siempre que éstos le permitiesen prestar este auxilio. En estos términos expresó Bismarck su concepto de las relaciones futuras entre la Alemania y Austria-Hungría y de igual manera se las había figurado ya Beust, que había dicho en la memoria que leyó á su soberano: «Convenios solemnes, tanto si se tienen secretos como si se publican, tienen el inconveniente de que inquietan al extranjero y dan en el propio país materia abundante para las maquinaciones de los partidos. El desarrollo de las relaciones mutuas es más fácil y más seguro cuando la actitud de los gabinetes encuentra en todos conceptos su expresión correspondiente y cuando sus actos confirman en un todo el acuerdo entre ellos, lo que naturalmente supone el acuerdo previo.» La misma conformidad de opiniones re-

(2) Esto como todo lo que sigue está tomado de las *Memorias de Beust*, tomo II, págs. 476 y siguientes. Para caracterizar mejor á Bismarck copiaremos de estas memorias lo siguiente. Refiere Beust: «Las tres semanas que pasé entonces con el príncipe de Bismarck en Gastein me han dejado los recuerdos más gratos. Ambos estábamos alojados en la misma casa y nos veíamos casi diariamente. Cuando se está en buenas relaciones con Bismarck no hay en el mundo otro compañero mejor. Sus expresiones son si cabe más originales y chocantes que sus ideas, yendo todo acompañado de un aire bonachon perfectamente natural y que por lo mismo es realmente simpático, al paso que suaviza los juicios á menudo acres que forma de otras personas. Una expresión favorita suya era: *es un necio rematado*, sin que pretendiese Bismarck agraviar con esta expresión á nadie. — ¿Qué hace Vd., me preguntó una vez, cuando se disgusta? Creo que Vd. no se disgusta tanto como yo. — No, contestó Beust, me enfada únicamente la estupidez de los hombres, pero nunca su perversidad. — Pues bien, continuó, ¿no encuentra Vd. que entonces es un gran alivio para uno poder destruir algo? — Gran fortuna es que usted no se encuentre en mi lugar, porque entonces no quedaría mueble entero en toda la casa. — Mire Vd., repuso Bismarck señalando los aposentos del emperador Guillermo en la casa de baños, una vez estuve allí enfrente y me disgusté de una manera terrible; cierró la puerta con violencia, se me queda la llave en la mano y la arrojó en la jofaina, que se hizo mil pedazos. ¡Dios mío! dijo Lehndorff, que se hallaba en el cuarto, ¿qué tiene Vd? ¿está Vd. enfermo? — Lo he estado, le contesté, pero ahora ya me encuentro muy bien.» Habló mucho de sus discusiones con Thiers y con Julio Favre. «El armisticio tocaba á su fin y entonces dije á Thiers en francés: Escuche Vd., señor Thiers, hace una hora que estoy parando la atención en su elocuencia; hay que acabar con esto, y le advierto que no hablaré más en francés, que solo hablaré en alemán. — Pero, señor, nosotros no sabemos ni una palabra de alemán. — Es igual, yo no hablaré más que en alemán. Entonces me encajó Thiers otro discurso muy hermoso; yo le miré con benevolencia y le respondí en alemán; él y Favre se pasearon de arriba abajo durante media hora retorciéndose las manos, y por fin llegaron á lo que yo quería, y al momento volví á hablar en francés.» Bismarck entró en París con las tropas alemanas y asistió á la revista de Longchamps. Un hombre vestido de blusa se acercó diciéndole: *T'es une fameuse canaille*. «Podía arrestarle, dijo Bismarck, pero me gustó el arrojó de aquel hombre.» En una excursión que hicieron en común fueron ambos ministros objeto de entusiastas saludos, á los cuales respondió Bismarck militarmente, pero con gran amabilidad, diciendo á Beust: «Vea Vd., esto me lo he arreglado muy bien. Antes cuando la gente escupía delante de mí llevaba yo traje de paisano y no necesitaba quitarme el sombrero, y ahora que me saludan mucho, llevo uniforme y me basta saludar tocando solo con la mano la gorra.»

sultó cuando se puso sobre el tapete la disolución del imperio turco, disolución que aprovecharía el Austria sin provocarla, convenciéndose Beust de que en Berlín se esperaba ganar una posición más libre respecto de la Rusia en vista de las buenas relaciones con el Austria. Respecto de las turbulencias interiores que hasta entonces justamente prestaban pábulo á tentativas de intervención, tranquilizó Bismarck á Beust diciéndole que él consideraría política pueril querer adquirir las provincias alemanas del Austria; que la Dinamarca y la Holanda, á las cuales la Alemania no se proponía conquistar, serían una adquisición más útil; pero que adquirir con las provincias austriacas una población eslava y un foco de oposición católica sería la mayor necesidad y traería la disolución segura del imperio alemán que acaba de fundarse. Respecto de la cuestión romana se había pronunciado ya el gobierno austro-húngaro aboliendo el concordato y apoyando á la Italia en sus esfuerzos para obtener á Roma. En esta cuestión Bismarck tranquilizó á Beust declarando terminantemente que si la Francia quisiera emprender algo contra la Italia y se informara previamente de la disposición de Alemania, se le daría una contestación que no le gustaría. Además le comunicó que el gobierno en Berlín estaba decidido, á consecuencia de la declaración de infalibilidad, á aplicar en todo su rigor la soberanía del Estado, á quitar al clero todos los cargos políticos, á realizar la separación de la enseñanza de la Iglesia, á destituir á los inspectores eclesiásticos de escuelas y á introducir el matrimonio civil. A esto observó Beust que se felicitaría de no tener que oír en adelante quejas de que los católicos se hallaban en Prusia en mejor situación que en Austria, pero que suplicaba que no se llevase esta política demasiado lejos, á fin de evitar que la oposición de los católicos alemanes contra el gobierno alemán estableciese su centro en Austria y trabajase desde allí contra Berlín.

Aun antes de la llegada del príncipe de Bismarck había llegado el emperador Guillermo á Gastein y había recibido al día siguiente al conde de Beust en una audiencia bastante prolongada. Respecto de los recuerdos de Guillermo en lo concerniente á las relaciones anteriores entre la Prusia y el Austria, pudo decir el conde de Beust á su soberano lo que sigue: «El emperador Guillermo consideró como motivo de todas las desavenencias entre las dos monarquías la idea constante del Austria de arrebatarse á la Prusia las ventajas alcanzadas por Federico el Grande y el deseo de reducir á sus antiguas fronteras. Después de 1813 había habido una pausa en la hostilidad del Austria á consecuencia del afecto del rey de Prusia al emperador Francisco, no sin grandes sacrificios de parte de la Prusia. Desde 1840 hasta 1848 habían disgustado primero las ideas liberales de su hermano en Viena, y después de 1844 había sido preciso rechazar en Berlín la corona imperial alemana, corona puramente de papel, ofrecida al rey de Prusia, pero fué menester ocuparse en el exámen de la cuestión alemana. Los arreglos de Dresde, á pesar de haber irritado mucho en Prusia, habían sido aceptados por Guillermo y su hermano y los habían llevado á ejecución. Luego pasó el emperador Guillermo á hablar de la guerra de Italia y sostuvo que el príncipe de Windischgratz había prometido en términos decididos la intervención armada de la Prusia antes de la batalla de Solferino. Al hablar de la guerra de Dinamarca dijo el emperador Guillermo que había aceptado con mucho gusto la participación del Austria para dividir con ella los laureles, y en esta ocasión recordó Beust que Bismarck le había dicho en el año 1863 que otra vez no obraría la Prusia sola en los ducados sino unida con el Austria. Pasó luego el emperador á hablar de la guerra de 1866, diciendo que él solo con el co-

razón destrozado, después de una larga lucha con sus ministros y de ocho noches sin dormir, había decidido la guerra porque los armamentos del Austria le habían obligado á ello. Finalmente, la última guerra, que Guillermo no había ni deseado ni previsto, había colocado, también contra su voluntad, á la Prusia á la cabeza de Alemania; y que á la sazón no deseaba otra cosa con todas sus fuerzas sino mantener buenas relaciones con el Austria, observando repetidas veces la imposibilidad de olvidar demasiado pronto cosas pasadas y diciendo que por lo mismo se alegraba del restablecimiento de las buenas relaciones.» Merecen ser citados aquí dos detalles que caracterizan al emperador Guillermo. Dijo que el suceso de 1866 había causado la ruina del segundo imperio



Odon Russell (según fotografía)

francés, porque «Napoleón pudo y tuvo forzosamente que atacar á la Prusia por la espalda,» y añadió que él, Guillermo, no quiso crear entonces en la neutralidad de la Francia y solo después de una larga lucha había consentido en dejar sin tropa la provincia del Rin, y á consecuencia de esto había conservado siempre mucha gratitud al emperador Napoleón. Los que conocen esta parte del carácter del difunto emperador Guillermo comprenderán la gran lucha que le costó resolverse á esta guerra, y también lo mucho que tardó en convencerse de la iniquidad de la farsa que se representó en Ems en el mes de julio de 1870. Mientras en París se combinaba la mentira de que Guillermo había negado al embajador francés en términos ofensivos la audiencia que había solicitado, Guillermo recibía en la estación de Ems por la noche del 14 de julio al conde de Benedetti en audiencia de despedida, diciéndole en francés con un amistoso apretón de manos: «Señor embajador, páselo usted bien; usted ya va á Berlín y yo estaré allí dentro de pocos días; en adelante ya no debe tratarse este asunto entre usted y yo, sino de gobierno á gobierno.»

El 6 de setiembre los dos ministros, con el emperador Guillermo, marcharon á Salzburgo, donde el emperador Francisco José se presentó el día 7 para devolver al emperador Guillermo la visita que éste le había hecho en Ischl.

Mientras se efectuó de esta manera la reconciliación de

Austria con el imperio alemán, pasaba el Austria cisleitana por una lucha constitucional gravísima suscitada por el ministerio Hohenwart, Schaffle, Jirecek y Habetinek con su tentativa de hacer un arreglo con los checos, reconociendo su derecho nacional y la sumisión del elemento alemán en Bohemia al elemento checo. Cuando el parlamento de Praga hubo adoptado en 10 de octubre de 1871 los llamados artículos fundamentales como base del nuevo derecho público para toda la monarquía, dijo el periódico checo *Narodny Listy*: «El establecimiento del Estado de Bohemia es la contestación al establecimiento del imperio alemán.» El conde de Beust se opuso con todas sus fuerzas a esta revolución constitucional de los checos, sobre lo cual presentó una memoria al emperador y consiguió hacer caer aquel ministerio y su obra de arreglo (1); pero apenas había conseguido este triunfo el 30 de octubre, cuando recibió el 1.º de noviembre su destitución juntamente con el nombramiento de embajador en Londres, después de haber resistido durante cinco años a siete cambios de ministerio, de los cuales cinco eran al mismo tiempo cambios de sistema de gobierno. Había conseguido el último cambio de ministerio arriesgando toda su influencia, y no se ha explicado todavía este último suceso (2). Ciertamente es que esta destitución no fué acompañada de ningún cambio en la política alemana del imperio, porque el sucesor de Beust como ministro de Negocios extranjeros de Austria-Hungría fué el conde Andrassy, cuyo nombre por sí solo era el programa más elocuente. A raíz de su instalación en el puesto de Beust le dijo un antiguo diplomático que desearía conocer su programa como ministro de Negocios extranjeros, a lo cual le contestó Andrassy sonriendo: «Lo diré en tres palabras: no cometer necedades.» En la primera reunión de sociedad que dió, observó otro diplomático delante del busto del príncipe de Metternich: «Aquí me dijo un día el príncipe de Metternich: todo el mundo tiene razón, solo falta que cada uno viva hasta que se le dé.» En esto se adelantó el conde de Andrassy y dijo: «Es cierto, pero también es cierto lo contrario: todo el mundo está en el error y feliz el que vive hasta que le sacan de él (3).»

Su obra y la del príncipe de Bismarck fué la gran manifestación pacífica que dieron los emperadores de Austria y de Rusia cuando acompañado cada uno de su ministro de Negocios extranjeros visitaron al mismo tiempo al emperador Guillermo en Berlín.

Cuando se esparció en junio de 1872 la primera noticia del viaje del emperador Francisco José a Berlín, después de pocos días antes, en 28 de mayo, el heredero del reino de Italia y su esposa Margarita habían visitado al príncipe imperial de Prusia en esta capital, dijo el periódico vienés *Neue Wiener Tagblatt*:

«Las entrevistas de Ischl y de Salzburgo del año pasado señalaron un cambio en la política del Austria. Un embajador extranjero dijo entonces al conde de Beust que al esforzarse por que se realizasen estas entrevistas no hacía más que preparar su caída y esta predicción se confirmó; pero el lago después que hubo tragado su víctima se tranquilizó al momento y las relaciones de la corte de Viena con la de Berlín son hoy más amistosas que en ninguna época desde 1864. El conocimiento de los intereses comunes ha acercado primero a los pueblos y después a los gobiernos. Apoyándose la

(1) *Memorias*, tomo II, págs. 501 a 510.

(2) *Memorias*, tomo II, pág. 516. La destitución, escrita de propia mano del emperador, lleva la fecha del 1.º de noviembre, pero solo fué conocida el 6 del mismo mes.

(3) Okolicsany: «Datos para la característica del conde Andrassy,» *Revista alemana*, tomo XV, año II, pág. 171.

Alemania y el Austria cada una en las espaldas de la otra y protegidas por la Italia en el Sur contra un ataque de flanco, forman una potencia formidable que con la conciencia de sus recursos se halla en estado de conservar la paz en Europa y de poner coto a todas las concupiscencias de desquites y conquistas. La amistad que une al Austria y a la Alemania preserva a la Europa de los horrores de una guerra francesa de venganza, cuyo resultado borraría a la Francia durante muchos años de la lista de las naciones, y protege la civilización contra una invasión de la Rusia en el Mediodía y centro de Europa. Además, la inteligencia entre los gabinetes de Viena y de Berlín es una barrera contra las maquinaciones de los fanáticos ultramontanos que sueñan con restauraciones. No se hable ya de la «Santa alianza» ni nadie tenga miedo de su resurrección, porque aquellos tiempos pasaron y hoy la Francia (republicana,» cuyos «liberales» se entusiasman por el Papa infalible, representa más los principios de la «Santa alianza» que la Alemania y el Austria constitucionales. En cierto sentido la triple alianza de Alemania, Austria e Italia se dirige sin duda ninguna a defenderse contra el Vaticano; y aunque el conde de Andrassy no ganará en este concepto por la mano a Bismarck ni a Visconti-Venosta, no es menos verdad que la necesidad de defensa en que ha puesto a todos los gobiernos la conducta del partido jesuita en el concilio y en la Iglesia en general, forma un sólido lazo que ha de unir a los gabinetes de Viena y de Roma.» Este artículo puede considerarse como preludio semi-oficial de la entrevista celebrada en Berlín a principios de setiembre.

El 5 de setiembre de 1872 llegó a Berlín el emperador de Rusia Alejandro II, acompañado de Gorchakoff, su ministro de Negocios extranjeros, y al día siguiente llegó a la misma capital el emperador Francisco José acompañado del conde de Andrassy con su personal. Después de cuatro días de grandes fiestas volvieron a partir los soberanos extranjeros, sin que al decir de los ministros y de sus consejeros hubiesen ocupado su atención negocios políticos. El príncipe Gorchakoff dijo que nada se había escrito, y Bismarck dijo a una diputación de la ciudad de Berlín que en aquellos días le presentó el diploma de hijo adoptivo de aquella ciudad: «El mero hecho de esta entrevista de los tres emperadores será considerado en todas partes como acto final de los grandes sucesos que acaban de ocurrir y que garantizan la paz.»

La entrevista de los emperadores en Berlín significó el reconocimiento por la Europa del imperio alemán resucitado en medio del ruido de las batallas, como baluarte de la paz general, y así lo comprendió el mundo entero deseoso de paz. Esta gran creación del año 1871 no necesitó el reconocimiento solemne que el advenedizo protegido por la fortuna cree tan necesario para consagrar su triunfo. Lo que dijo el general Bonaparte en abril de 1797 hablando de la república francesa al marqués de Gallo, podía haberse dicho con mucha más razón del nuevo imperio alemán, el cual, si desde el día de su nacimiento no fué precisamente lo que es el sol en el firmamento, era no obstante un hecho que no necesitaba ser reconocido por nadie, porque ¡ay de aquellos que hubiesen pretendido no verlo ni contar con él! Sin embargo, no es indiferente para el Estado más poderoso saber cómo le consideran sus vecinos más principales y si se muestran fríos, sigilosos y desconfiados hasta ver si la nueva creación se consolida, ó si le contemplan como un aliado natural por tener amigos y enemigos comunes, para dar entonces, con su reconocimiento, solemne expresión pública de su comunidad de intereses. Este último fué justamente el objeto de la visita de los emperadores de Rusia y Austria. Esta última potencia significó con aquella manifestación su renuncia definitiva a

CAPITULO VI

PRIMERAS LEYES ECLESIASTICAS DEL MINISTRO DE CULTOS FALK Y SALDO DE CUENTAS CON FRANCIA

La oposición que había encontrado en la cámara alta prusiana la ley relativa a la inspección de las escuelas se presentó más empeñada todavía al ponerse a discusión el proyecto convenido entre el gobierno y la cámara de diputados sobre la administración de los distritos en las provincias de Prusia, Brandeburgo, Pomerania, Posen, Silesia y Sajonia. Después de haber sido mutilado completamente este proyecto de ley por la mayoría feudal, toda la cámara alta lo rechazó en 31 de octubre de 1872 por 148 votos contra 18, interponiendo así su veto contra una de las reformas más valiosas y más urgentes que necesitaba la Prusia para su organización política, sin que valiese al gobierno la elocuencia con que el ministro del Interior, Eulenburg, desvaneció los conceptos erróneos y parciales del dictamen de la comisión. A los defensores de los antiguos parlamentos de distrito dijo que los estatutos en el sentido antiguo feudal eran ya insostenibles; que también era imposible mantener en favor de los grandes propietarios rurales el cargo de velar por el orden público, pues este cargo para ellos era más que un cargo una carga molesta y para el país era una calamidad. Hablando de las investigaciones que con motivo del rapto de Ana Bockler se habían hecho en Stettin, Landsberg y otros puntos, dijo que habían sido presos 47 gitanos que, indocumentados, vagaban por el país sin que los propietarios rurales encargados de velar por el orden público se cuidasen de ellos. El ministro, para apoyar el proyecto de la administración autónoma de los distritos, dijo que pedía para ellos lo que en la organización militar de Prusia era el servicio obligatorio general; y cuando el señor de Kleist-Retzow le recordó los buenos servicios rurales en la época del conflicto, le respondió el ministro: «No creo que el conflicto fuera una riña que no tuviese más consecuencias que los clamores de venganza del vencido. Yo creo que el conflicto fué para todos los partidos una operación purificadora, de la cual todos sacarían y han sacado ya ventajas.» Al quedar vencido en la votación, dijo a la mayoría triunfante: «Ustedes cometerán una gran falta política y conseguirán lo contrario de lo que se proponen (1).» El mismo emperador se había declarado en términos muy precisos a favor de la ley, y cuando recibió con motivo de la muerte del príncipe Alberto a los presidentes de las dos cámaras dijo al conde Bruhl que estaba muy lejos de forzar la opinión de nadie, pero que el proyecto de ley de Eulenburg había sido firmado también por él y que él lo hacía suyo; que su realización era exigida por el interés público y que el haberlo rechazado obligaría acaso al ministro a presentar su dimisión, en cuyo caso difícilmente podría nombrarse un sucesor menos opuesto a la alta cámara. Antes de la votación final, cuyo resultado ya conocemos, había dicho el ministro: «Estamos convencidos de la necesidad de dictar esta ley de acuerdo con la plena aprobación de S. M., por manera que no renunciáramos a este propósito que trataremos de realizar por todos los medios que nos facilite la constitución.» En efecto, hecha la votación fué leído en el parlamento el mismo día, 31 de octubre, el mensaje real de suspensión de sesiones hasta el 12 de noviembre. Al reunirse otra vez el parlamento la cámara de diputados, conforme al deseo del ministro, aprobó el proyec-

todos los planes de venganza, mientras que la Rusia renovó con esta ocasión la expresión de su amistad antigua.

La conducta del emperador Alejandro II para con la Prusia y su política ambiciosa, aunque lenta, había sido siempre la de un amigo de fidelidad inquebrantable. En sus tres guerras había tenido el rey Guillermo en la Rusia un sólido escudo que le cubría las espaldas; y en lo que los czares Alejandro I y Nicolás habían faltado a su aliado, lo compensó con creces Alejandro II, debido todo a su impulso personal, sin que ni el pueblo ruso ni su nobleza tuviesen nada que ver con la obra de su soberano. Así como fueron íntimas durante los últimos seis años las relaciones entre las cortes de Berlín y San Petersburgo, fueron tirantes las que mediaron entre esta última corte y la de Viena desde que el Austria pagó el auxilio ruso contra los húngaros con su actitud hostil en la guerra de Crimea. Esta tirantez fué la nube negra que pesó sobre el plan de guerra de Gramont y de Beust. La Rusia y el Austria, los dos rivales en las cuestiones de la península balcánica, se habían dado también las manos en señal de amistad en Berlín, y si no demostraron con esto la renuncia a sus propósitos políticos en este concepto, manifestaron no obstante que necesitaban la amistad del imperio alemán, que garantizaba la conservación de la paz. Esta significación de la entrevista de Berlín recordó a los pueblos la acción de gracias que celebraron los soberanos de Rusia, Austria y Prusia después de la batalla de Leipzig en 18 de octubre de 1813. También celebraron en su entrevista de Berlín el triunfo sobre el predominio francés basado en la mentira, en la astucia y en la fuerza bruta.

La «Europa» que no pudo encontrar Thiers en su visita a las cortes neutrales, se había dado cita en Berlín espontáneamente, y así lo comprendieron los que en Francia entendían los signos del tiempo como John Lemoine, que dijo en el *Journal des Debats*: «Sería sensible que la atención de la Francia se dejara desviar por una indiferencia artificial acerca de lo que pasa en Berlín. Demasiado tiempo hemos vivido en ilusiones y en punible ignorancia. El despertar fué terrible y la lección durísima; ya es hora de que sepamos aprovechar nuestra desgracia. La entrevista enteramente personal de los tres emperadores de Alemania, Rusia y Austria es el suceso más significativo desde la guerra y los cambios ocurridos en los últimos tiempos. Efectuase esta conferencia con exclusión de Francia e Inglaterra, es decir, con exclusión del Oeste, que con su influencia liberal y de progreso ha sido durante más de cincuenta años la columna fundamental del equilibrio europeo y que al través de muchas vicisitudes ha sostenido durante este tiempo el sistema de la paz general. Es evidente que el centro de gravedad del equilibrio político del continente se ha trasladado a Berlín. Apartémonos de todos los engaños y conclusiones erróneas con que se ha querido disfrazar la entrevista de estos tres hombres, dueños absolutos del poder ejecutivo y del ejército, dirijámonos sin rodeos a la verdad brutal y confesémonos que esta unión está dirigida contra nosotros, y que la Francia es el objeto de las conferencias de los tres emperadores. Léjos nosotros de querer decir que la Francia se vea hoy más amenazada que ayer ó que tenga que prepararse a sucesos que ella no ha provocado. El nuevo imperio alemán, al invitar a su casa a los jefes de las otras dos potencias que antes eran más poderosas que la Alemania, hace en nuestro concepto una manifestación más bien defensiva que provocativa. La visita de los emperadores de Austria y Rusia a la nueva corte imperial alemana significa simplemente que si nos propusiéramos reñir otra vez no encontraríamos aliados. Hoy estamos solos, y solos estaremos mañana; esta es la enseñanza que sacamos de la entrevista de los tres emperadores.»

(1) Véase la obra: *Diez años de política interior, de 1862 a 1872. Los discursos del ministro del Interior, Eulenburg*, Berlín, 1872.